

BUENOS DIAS

Contactos: totalmente a oscuras

CONTINÚA el bombardeo en los medios de comunicación social —ya me refería a ello hace un par de días— en relación con los contactos —ahora son «contactos», en lugar de «diálogos» o «conversaciones»— con ETA. Contactos, que si se mantienen las posiciones del Gobierno, y tiene que mantenerlas, si no se quiere echar fuera de la Constitución, por una parte, y las de ETA —sería del género tonto haber matado tanta gente para ahora entregar las armas—, por otra, no nos van a dar nunca luz, y ni siquiera ese cosquilleo que suele producir una leve corriente eléctrica.

Hay quienes quieren ver en tanto «secreto a voces» de los diálogos o contactos con los etarras, una cortina de humo de los dirigentes del PSOE, para que pasen a segundo término sus problemas ideológicos internos, que no son pocos, y que amenazan en cierto modo la estabilidad del partido. Mientras Nicolás Redondo y la UGT siguen manteniendo su casi incompatibilidad con el señor Solchaga, o por lo menos con el pensamiento político-económico del Sr. Solchaga, Izquierda Socialista reafirma su amenaza de no acudir al XXXI Congreso del PSOE y la dirección del partido sigue sin responder a su petición de «juego limpio».

La verdad es que ya uno no sabe a qué atenerse ni qué creer, y pienso que jamás ha existido un confusionalismo tan grande en la vida española, pues mientras nos dicen que ETA está dando los últimos coletazos, no se le deja morir sola, sino que se trata de entablar diálogos o contactos con ella, ¿para qué?. ¿No sería mejor, caso de estar convencidos de eso que dicen, dejarla

abandonada a su suerte y que «se pudra», como aquel que dice?

Pero algo raro debe haber —piensa el ciudadano de cualquier región de España— cuando los navarros, por lo menos los navarros que no quieren unirse a nadie, que son la mayoría, lanzan la voz de alerta y advierten al Gobierno de que «¡mucho cuidado de atreverse a negociar su independencia dentro del marco nacional!». Es decir, que se teme que pudieran ser ellos, en parte, la víctima propiciatoria de una posible concesión a ETA, cediendo a esa petición de anexión de Navarra al País Vasco, que es una de las principales aspiraciones de la organización Eta, en particular, y de muchos del País Vasco, en general. Tienen tanto miedo, no se fían los navarros de nadie, hasta el extremo de que han pedido, a través del Grupo Popular, que el Gobierno haga una declaración institucional al respecto, en el sentido de que Navarra es en este aspecto innegociable; no sea que como los «contactos» son el demonio, vayan a incluir este capítulo, sin darse cuenta, en las conversaciones. Porque como, además, son tan secretas, no se va a enterar uno sino cuando ya todo esté consumado y la cosa no tenga remedio, porque, según me decía ayer un navarro, ya en este país se puede esperar de todo.

En fin, que estamos totalmente a oscuras. ¿Qué es lo que está sucediendo? ¿Por qué los medios de comunicación social no nos dejan de una vez tranquilos, si no pueden decirnos la verdad, sino sólo hacer suposiciones y comentarios? ¿Por qué se empeñan en seguir haciéndonos sufrir? Y si la Constitución no pinta nada, ¿para qué tanto cuento y para qué celebrar incluso su día?

Florilán

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

San Andrés, antes lejos y ahora cerca

LA Avenida de Anaga, que nace a la altura de centenaria y remozada Alameda del Muelle —o de Branciforte, si se prefiere— con rapidez nos lleva al antes lejano barrio de San Andrés. Allí, en el antiguo Valle de las Higueras, también llamado de Salazar, siempre se hermanaron la pesca y la agricultura que, pronto, lo harán también con el turismo.

Desde la explanada de la Dársena Pesquera —inicio del sistema de muelles que termina en la Hondura— aún se ve la antigua carretera y, muy por encima de ella, todavía se aprecia el antiguo y muy peligroso camino, o simple vereda, que unía Santa Cruz con el buen barrio pescador y agricultor, barrio que tiene ante sí un futuro prometedor, lleno de posibilidades. Puede, incluso, convertirse en el gran parque natural de toda la ciudad allá por donde —barranco de El Cercado arriba— luce y reluce el palmeral cercano a la Hacienda de Cuba.

En pocos minutos, ahora se llega al valle que se abre a la

mar, al de la buena playa aplacerada y el viejo castillo vencido por mares de barranco y tierra adentro.

En años idos para siempre, a San Andrés se llegaba por el camino sin linderos de la mar o por el que, muy peligroso, serpenteaba por las pinas laderas mientras, abajo, salpicaba el agua entre rocas limosas, verdes y rezumantes bajo una brisa de sol, sal y yodo.

Años más tarde llegó la etapa de la carretera, etapa que casi todos conocíamos. Fueron los años de la carretera que discurría junto a las ya desaparecidas playas de Ruiz, La Peña, San Antonio y Los Melones. Pasado el Muelle Norte, se abrían las de Tahodio, San Miguel, Paso Alto y Valleseco, playas que tenían incrustados almacenes carboneros —Depósitos de Carbones de Tenerife, Cory Hermanos y Hamilton y Compañía— y la gracia pesada de las gabarras con buen festón de defensas.

Todos estos almacenes tenían sus propios muelles para las faenas de carga y descarga de las ci-

tadas gabarras, muelles que aún se adentran en la mar mientras, en la orilla, algunos de aquellos edificios carboneros —en perfecto estado de conversación— desafiaban el paso de los años.

La cantera de La Jurada —la que con su buena piedra hizo los muelles de Santa Cruz— era de especial atractivo para la niñez y pequeñez. Allí estaban, humeantes y resoplantes de vapor, aquellas locomotoras que nos hacían soñar verdaderos trenes, locomotoras que nos llenaban de orgullo y que, cargadas de escolera, marchaban traqueantes hacia el Muelle Sur en obras.

Hasta donde hoy se lanza a la mar el Dique del Este, todo el litoral era playa abierta a la mar libre, playa que sólo se quebraba en la zona de relleños cercana al balneario. Venía luego la subida hacia Cueva Bermeja y, desde allí, la carretera se ceñía a la ladera y, como el antiguo camino, serpenteaba en vueltas y más vueltas. Sólo se acercaba a la playa en la zona donde se alzaban los edificios de la factoría de Pesquerías y Salazones de Tenerife y, una vez más, volvía a

buscar la media altura del acantilado.

Tras la esquina rocosa, aparecía luego la estampa sencilla de San Andrés, la estampa tranquila de las embarcaciones y las redes sobre la playa de callaos. Más allá, Las Teresitas y, arriba, la cinta blanca de la carretera a Igueste de San Andrés.

Actualmente, la vía de San Andrés discurre entre la montaña y las instalaciones industriales cercanas a la mar. Ha cambiado el paisaje y, bajo las amplias explanadas, se encuentran las antiguas playas —Jagua, Los Trabucos, etc.— que antes tenían collar de espumas y, mar afuera, velas latinas y acompañada boga de buenos remeros.

San Andrés no ha perdido su encanto, aquel de la playa tranquila, el de los altos laureles de Indias a la vera del barranco —en los que batía el mar de las ma-drugadas y de los soles— y, con rapidez, escapa valle arriba, hacia el macizo que, por Anaga, forma la verdadera proa de la Isla.

Juan A. Padrón Albornoz

REFLEXIONES

Arboles por las calles

LOS árboles de las calles de Santa Cruz nos dan pena, nos producen esa dolorosa sensación de los ejércitos desarmados —por decirlo de alguna manera—; nos causan esa penosísima impresión de los asilos mal atendidos; nos reducen el ánimo a los desconsoles insondables que nos llevan a las derrotas infructuosas y a los destem-ples de los desbastes infecundos. No lo podemos evitar. Cada

vez que pasamos y paseamos por alguna de ellas, y son bastantes, no hay porque citar aquí sus nombres, si bien exceptuamos los recientemente plantados en los nuevos alrededores del flamante edificio de CajaCanarias, aunque no todos poseen la misma gallardía, el mismo crecer, así como los últimamente puestos en la calle Bethencourt Alfonso, de los que ya han dejado de existir seis o siete, y en la del Castillo, bueno, decíamos que nos causan ese tristísimo aspecto de los abandonados e indigentes, de los seres en la más completa orfandad, de las miserias más impenitentes.

Tienen para nosotros tantos puntos de acercamiento como pudiendo tener para otros la infinitud del mar, el ocaso de las dulces praderas, la tiernísima devoción de los atardeceres silenciosos. Llenan gran parte de nuestra vida. Son como los armoniosos cauces por donde silba el viento toda su melódica canción, su gran peregrinaje hacia las cumbres, el mejor inadvertido acento celestial.

Envuelvan con su aroma todo el aire que respiramos y son,

brazos abiertos, las suplicantes formas de rogar a los cielos y de bendecir a las nubes para que nos donen cual abundosa multiplicación el fruto de su rítmica postura, la encariñada ofrenda de su vertical ascensión. Los árboles nos llueven tanto cuanto nos quieren suyos por su recíproca manera de agradarnos.

Pero para que todo el conjunto de la masa arbórea de nuestras calles entonen el jubilo acento y la maravillosa música de una arboleda bien plantada y crecida, se necesita de un cuidadoso reparto de atención y respeto. El mismo que podamos tener hacia nuestras domésticas plantas. ¿No son ellas para nosotros como una continuación de nuestro entorno? ¿Suponen, que creemos que sí, adentamiento, orden, disciplina, ininterrumpidos cuidados? ¿El más elemental sistema de acercamiento a ellas con un riguroso acento de encariñado encanto? ¿Querremos ver a nuestras macetas desahuciadas, raquíticas, medio tronchadas, esqueléticas, secas, depauperadas, formando ese batallón de inútiles y derrotadas ansias, en el foro de una lángui-

da agonía, en la ruina de una desértica ilusión?

Esas calles nuestras, de todos, parecen ser en muchos casos, calles como sin dueño, abandono perpetuo, sinfonía inacabada. ¿Podremos seguir consintiendo que Santa Cruz de Tenerife no alcance ese grado de perfección que en la actualidad le niegan algunas de sus calles, de mal alineados árboles, de defectuosos y peor crecidos árboles, de tronchados y paralíticos árboles?

¿Seremos capaces de mantener entre nuestro macetero ciudadano, digamos, esos tiestos inservibles, esas desdénicas plantaciones, los inconcebibles descuidos de tanta desolación y desamparo? ¿Hasta cuándo?

Graciano Peraita

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

¡«Muy benéfica», sí!

EL señor concejal encargado de los Servicios Benéficos del Ayuntamiento de Santa Cruz, me ha llamado por teléfono para darme una información completa con respecto al caso de la señora de que hablaba yo ayer, que anda por las calles, poniéndose delante de los automóviles, duerme en los portales y come de lo que se le da de limosna. Este caso, del que yo decía que me parecía absurdo que se diera en una ciudad que exhibe en su escudo el título de «Muy Benéfica», presenta por lo visto, otros caracteres que me obligan a rectificar dicho aserto y decir que Santa Cruz de Tenerife y de modo principal su Corporación Municipal, merecen a todas luces, ese título y aún otros más que señalaran la labor de beneficencia que se realiza en sus calles y que abarcan a muchos, muchísimos, de sus ciudadanos. Hace tres meses que los Ser-

vicios sociales del Ayuntamiento, conocen el caso de esa señora y lo siguen con el mayor interés. Saben que esta mujer de buena familia de la Península, tiene familiares que no quieren saber nada de ella. Que su estado actual es tan deficiente que dice ser la «Princesa de Ebolia». Que recibe una pensión de 30.000 pesetas mensuales, por conducto de un Banco de Santa Cruz. Que se niega, en absoluto, a ir al Refugio Municipal, por lo que no se sabe qué hacer con ella, pues no se la puede forzar y si se la recluye, escapará tan pronto como pueda.

Los Servicios Municipales siguen estudiando el caso y buscándole soluciones. La única, acaso, fuera recluirla en el Manicomio, pero para eso hace falta todo un expediente, con reconocimiento médico y otros trámites, que se van a intentar.

Para mí, termina así la petición

que me moviera a tratar el tema, pero queda en pie la conclusión a que he llegado de que Santa Cruz de Tenerife, como digo al principio, se merece y hace honor a su título de «Muy Benéfica» ciudad, cuya Corporación municipal está atenta a todos los hechos de la naturaleza del expuesto, que se puedan producir en atención a la veracidad y certeza del calificativo que lleva en su escudo.

Lo que no puede el Ayuntamiento ni nadie, es contrariar la libre voluntad de una persona, que se niega a ser encerrada, como parece ser el caso de esta mujer, que sí puede, cuando quiera, asistir a los comedores de Caridad y al Refugio, donde hallará una acogida digna y humana. Pero, si ella no quiere, ¿qué se puede hacer? Esta es la cuestión que se plantea.

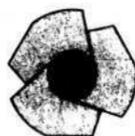
Antonio Martí

SE VENDEN PARCELAS INDUSTRIALES

Primera línea Polígono San Jerónimo, centro del Valle de La Orotava. Parcelas

La Policía está al servicio**ALARIMAS**

ALTAVOCES
Y ANTENAS



MAX-ONIDA